

Migajas a los Pobres

De las flores y los globos de colores que inundaron la campaña electoral cada vez queda menos. A seis meses de iniciado el cambio, la prometida felicidad con amplia sonrisa va transformándose en paulatina perplejidad, decepción y frustración. Aunque poderosos medios de comunicación oculten a los que reclaman, la realidad choca como la ñata contra el vidrio. “Estamos en el peor momento”, reconoció al fin el principal vocero del macrismo Marcos Peña. Y la apuesta al segundo semestre de bonanza, ya fue prorrogada un año por el mismo presidente de la Nación. ¿Se podrá contener el descontento social?

Valdría hacer un esfuerzo para encontrar explicaciones que vayan más allá de diagnósticos exculpatorios o predicciones apocalípticas. No será fácil ver bajo las aguas turbias. Pero habría que hacer el intento para evitar el encantamiento de las serpientes y, especialmente, mayores sufrimientos a los empobrecidos que la pasarán todavía peor. Cuando un presidente de la Nación dice que “proteger el empleo es alejar las inversiones” está claro el

panorama de la pobreza agudizada en los próximos meses.

Pero más claro está la apuesta esencial del macrismo: la centralidad del capital, especialmente extranjero que ahora pasa por sobre naciones e incluye a los paraísos fiscales, terrenos que muchos funcionarios actuales conocen muy bien. Los inversores no son caritativos. Ni como limosna dejarán caer una moneda. Es el capital acumulándose a costas de la vida humana. Nada nuevo, pero palpable, violento y criminal. Aunque el gobierno atenúe algunos efectos con migajas; y además de eso recorra el país, apuntando a las alianzas para tener la mayoría propia en el Congreso en las elecciones legislativas en el 2017. No hay puntadas sin hilo.

Se pretendió justificar el pago a los fondos buitres para recuperar la credibilidad. Hasta la madre patria financiera quedó sorprendida de la rapidez con que el macrismo hizo los deberes. Es de buen alumno hacer mérito sin mezquinas especulaciones. Aunque las inversiones siguen ausentes, el endeudamiento ha crecido

en cifras inconmensurables. Nada de eso indica todavía reactivación del aparato productivo ni generación de empleo. Macri dice “de aquí a un año”. Mientras tanto crece la pobreza.

El nuevo informe de la Universidad Católica Argentina (UCA) adelanta que “No sólo el 30% de los hogares que, para subsistir, además de realizar trabajos de indigencia reciben algún tipo de ayuda social, sino también miles y miles de microempresas informales y emprendimientos familiares. Y con ellos una amplia capa de trabajadores asalariados precarios, trabajadores independientes no profesionales, pequeños comerciantes y trabajadores eventuales (no menos de 3 millones de trabajadores) los cuales, además de carecer de visibilidad y de representación política, o debido a ello, no han sido objeto de una especial protección social frente a la situación crítica generada por la caída del consumo, el aumento de los precios y el mayor riesgo de despido o caída de la actividad. Justamente es esta masa de segmentos vulnerables de clase media baja o sectores populares los que constituyen los ‘nuevos pobres’ que emergen de medidas ‘normalizadoras’ adoptadas por el actual gobierno”. El informe habla de 10.000.000 de trabajadores con problemas. Hasta fines de 2015 estos sectores representaban el 53,9% de los trabajadores ocupados. Y esto sin computar los despidos de los

trabajadores formales, que las cifras ubican en 150.000.

Después de varios meses de gestión ya no se puede culpar al pasado. Hacerlo es exponer cinismo, mientras se da una grosera y desembozada acumulación de riquezas en los grandes grupos económicos, que ahora ocupan la titularidad de ministerios y otros lugares de decisión. Ya no necesitan de la mediación de los políticos. Hasta el socio principal, el radicalismo que le dio estructura nacional para triunfar en las elecciones, ha quedado totalmente marginado de los resortes principales del poder político. Claro que buena parte de su dirigencia tiene el “conchabo” asegurado, aunque el votante radical padezca igual que el resto de los sectores populares.

La quita de beneficios sociales, de subsidios a elementales servicios públicos, los despidos, etc., serán peor padecidos por los más necesitados de la sociedad. Pero también afectará a esa ancha franja de la clase media, donde se suman los trabajadores con mejores salarios. Quizás sientan más los efectos de los cambios. Acostumbrados a un nivel de consumo que se va restringiendo es probable que crezca el reclamo contra el deterioro del poder adquisitivo. Las estructuras asociativas más fuertes, preservadas especialmente en el gremialismo, se verán enfrentadas al desafío de asumir los reclamos no sólo de sus afiliados,

sino de los sectores sociales todavía más afectados. Será con los dirigentes al frente, aunque buena parte preferiría esconderse.

En la última semana de Mayo la Pastoral Social del Episcopado se reunió en Mar del Plata con las cúpulas sindicales. El obispo Lozano expresó la preocupación por “la fragilidad de la condición laboral de miles de hermanos y las situaciones de precarización laboral en que está inmersa buena parte de los trabajadores que no tienen acceso a sus derechos sociales ni protección del Estado y que son señales de alerta que no se pueden desoír”. Sin embargo las cúpulas de la CGT allí presentes – a diferencia de las de la CTA – no salieron dispuestas a medidas de resistencia que contenga la realidad del descontento creciente aunque aún sin tanta expresión pública. Después de la masiva marcha convocada por todas las cúpulas gremiales a favor de la ley antidespidos, finalmente vetada por Macri, el gobierno desarrolló una intensa acción política. Firmó convenios con las provincias para devolver en cuotas la coparticipación. Pero especialmente llenó los bolsillos sindicales con fondos para las obras sociales, que al menos en el caso de las CGT sirvieron para dilatar no sólo los reclamos de los trabajadores agremiados – olvidados ya del impuesto a los salarios (ganancias?) - , sino los informales que son los más

perjudicados, según la denuncia del episcopado. ¿Hasta cuándo? La estructura sindical argentina es fuerte y si sus dirigentes quieren mantener su poder social en algún momento deberán cargar con los reclamos populares.

No sería beneficioso que el pueblo agotase la paciencia, haciendo “tronar el escarmiento”, como solía repetir Perón. Muchos años de democracia, con sus idas y venidas, han consolidado su valor. Pero no pueden utilizarse sus formalidades para reimplantar la dictadura del mercado. Los políticos amantes de los cargos públicos utilizarán el argumento de la prudencia para no hacer olas. Pero si no se generan canales para encauzar las necesidades serán los responsables del futuro incierto que se les abre tanto a los más pobres como a las clases medias. Esa incertidumbre puede ser criminal porque la represión violenta será feroz. ¡Hay que garantizar la gobernabilidad para no espantar a los inversores! Alerta para los que ocupan la función pública. Porque hacerlo sin ocuparse del pueblo es corrupción. La estafa a la voluntad popular también es corrupción y debería preveer penas como para las otras. Hasta ahora – y desde antes de este medio año – buena parte de la Justicia acomoda el cuerpo y es funcional al poder de turno.

La perversa especulación con la memoria corta que bien se usó con la apelación al “cambio”, haciendo

olvidar historias parecidas y padecidas no hace mucho tiempo, es riesgosa. Porque “la necesidad tiene cara de hereje”; y ahora los herejes no mueren en la hoguera.

Avizorar dificultades para la vida de los empobrecidos y de los sectores que crecieron en calidad social en estos años de democracia, no es para aproximarse al abismo. El viejo aforismo dice que los pueblos no se suicidan, porque contienen el futuro que los anima en la marcha. Pero la apuesta a la esperanza no es en el aire. Se sustenta en los esfuerzos de organización y articulación a partir de lo concreto. “Y en la calle codo a codo somos mucho más que dos”, poetizó Benedetti. La política no se construye sin amor, que es generosidad. Nadie puede pretender poner su bandera para capitalizar nada, porque la nada es la nada; un cuchillo sin mango y sin hoja, dice el refrán.

Aunque con los años hemos recorrido mucho camino, con avances y tropiezos, aprendimos que sólo pisando la realidad se va haciendo el proyecto de justicia y dignidad para todos; pero empezando por los que están en el subsuelo de la sociedad, donde todo es siempre más difícil. Con el terror y con el miedo nos hicieron desaparecer aquellas apuestas hoy adormecidas. Imponiendo el individualismo, ganaron la cabeza y el corazón. “Por algo será... Yo no fui... Me salvo solo”. Queda una dura batalla

cultural, que no es primariamente intelectual, sino de sensibilidad. La política no es para los insensibles, o no debería serlo. Si lo es, algo no funciona bien en esta democracia acotada. Pero la nueva realidad de acelerado empobrecimiento hará despertar a todos/as, aún a aquellos que se sintieron hartados de diversa forma.

El macrismo presenta lo viejo como nuevo, aunque no sea calco de lo vivido. Puede todavía ser peor, aunque edulcorado para alguna parte de la sociedad que por un tiempo mantendrá sus expectativas en cambios prometidos. Ahora los negocios son atendidos por los propios dueños, en los kioscos ministeriales de los que se adueñaron. Diferenciarse del demonio neoliberal pregonando un rostro desarrollista es pretender esconder el tridente. Sería hasta un retroceso intelectual volver al dilema de países en vías de desarrollo o dependientes. Con tanta deuda acumulada, con tanto capital internacionalizado e informatizado sólo con vendas en los ojos se podrán seguir viendo globos de colores; mientras quedan sepultados en el basural de los descartables los niños hambrientos y los ancianos abandonados.

Que la cuestión social se vea agravada no equivale a deducir expectativas de cambios en sentido contrario. Mucho tiempo se malgastó sin organizar desde las necesidades del pueblo. Hacerlo desde las urgencias

electorales de los partidos políticos es errar, para una imprescindible politización que reinstale a los sectores populares como protagonistas y no como clientes. Otra vez es el momento de los movimientos sociales articulados, pero preservando su autonomía. Desde las reivindicaciones inmediatas que en el reclamo organizado aportarán a redescubrir el valor de la dimensión solidaria.

Sólo hemos destacado aspectos de la realidad político-social referidos a los más pobres. Merecen profundizarse las consecuencias en los sectores medios, el progresivo desmantelamiento de la pequeña y mediana empresa y otros avances sobre la legislación laboral luego de la precarización derivada de la desocupación de los trabajadores formales que será creciente. Quedan otros temas vinculados como la corrupción y el rol de jueces y fiscales que parecieran funcionales a los que detentan el poder político, los cambios de orientación de la política exterior y el retorno del imperialismo del norte que encuentra espacio para ocuparse del patio trasero, como lo indican los procesos destituyentes en algunos países latinoamericanos. Abordando un aspecto de esto en la reciente destitución de la presidenta Dilma, en Brasil, Leonardo Boff ha escrito: “La historia es vieja, se sataniza al Estado como un antro de corrupción y se magnifica el mercado como lugar de las virtudes económicas y de la

integridad de los negocios. Nada más falso. En los estados, incluso en los países centrales, existe la corrupción. Pero donde es más salvaje es en el mercado debido a que su lógica no se rige por la cooperación, sino por la competición donde casi todo vale, cada uno buscando tragarse al otro. Hay evasiones millonarias de impuestos y grandes empresarios esconden sus ganancias absurdas en cuentas en el extranjero, como recientemente ha sido denunciado por los “PanamaPapers”. Por lo tanto es pura falsedad atribuir las buenas obras al mercado y las malas al Estado. Pero este discurso martilleado continuamente por los medios de comunicación ha conquistado la clase media.”

No distinta es la realidad política argentina de hoy, donde la clase privilegiada que se apoderó del poder político, esta vez con el voto de la democracia, arremete contra el estado. Otra vez, el culpable de todos los males. Otra vez el gasto público es el causante de la inflación. Otra vez hay que “achicar”, abandonando día a día el rol protector del estado, que deja a la intemperie a los más pobres.

Si estas reflexiones al vuelo despiertan el debate, bien. Pero si además, y especialmente, animan al compromiso de transformación como tarea concreta y constante, mejor.

Córdoba, junio 2016